

En Galicia, María Angélica., *Identidades en perspectiva multidisciplinaria. Reflexiones de un concepto emergente*. México (México): IIA-Universidad Nacional Autónoma de México..

¿Es posible un enfoque sociológico unificado de la identidad?.

Galindo, Adrián. y Mejía, Carlos.

Cita:

Galindo, Adrián. y Mejía, Carlos. (2013). *¿Es posible un enfoque sociológico unificado de la identidad?. En Galicia, María Angélica. Identidades en perspectiva multidisciplinaria. Reflexiones de un concepto emergente. México (México): IIA-Universidad Nacional Autónoma de México..*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/carlos.mejia.reyes/11>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p6wX/hky>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Identidades en perspectiva multidisciplinaria

Reflexiones de un concepto emergente

María Angélica Galicia Gordillo
(coordinadora)



Primera edición: septiembre de 2013

Término de la edición: 30 de abril de 2013

D.R. © 2013, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, Coyoacán, México, D. F.
Instituto de Investigaciones Antropológicas
www.iaa.unam.mx

© Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael
México, D. F. 06470. Teléfono: 50 97 20 70
editorial@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com

Plaza y Valdés S. L.
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223
Madrid, España. Teléfono: 91 862 52 89
madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

ISBN: 978-607-402-698-6

Este libro fue dictaminado.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

¿Es posible un enfoque sociológico unificado de la identidad?

*Adrián Galindo Castro
y Carlos Mejía Reyes*

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

IDENTIDAD es un término utilizado por diferentes perspectivas teóricas dentro del campo de la sociología. Una característica distintiva del uso sociológico de este concepto es el de poseer una connotación abierta según el sentido que cada autor intente expresar al emplear este término. Entre los autores y las obras con mayor reconocimiento en el campo de la sociología, existe un manejo distinto de la *identidad* y de las implicaciones que ésta tiene para dar cuenta de nuevos y viejos procesos de la realidad social, sin que ello signifique la total inconmensurabilidad de las varias propuestas teóricas.

En ese sentido, si bien el término identidad va ganando terreno en el campo académico, considerando a la misma como un concepto familiar y, en algunos casos, central dentro del análisis sociológico, su difusión conlleva una dificultad subyacente debido a sus distintas aplicaciones. La popularidad para emplear el término como garantía de una percepción apropiada para designar aspectos relevantes que otras herramientas teóricas no podrían aportar con tanta claridad, va a la par del desconcierto que causa la multiplicidad de maneras de entender este término. De ese modo, el uso frecuente del vocablo hace cada vez más problemático referenciarlo al conjunto del *corpus* sociológico porque, de entrada, tenemos que señalar a qué versión de la identidad nos estamos refiriendo. Incluso el sello particular que cada aportación original hace a la comprensión de la identidad nos lleva a dudar si el vocablo alude a distintos aspectos

de la realidad bajo la apariencia de un mismo nombre, o bien se trata de un mismo fenómeno que por su complejidad es requisito analizarlo fragmentariamente.

El objetivo del presente artículo es mostrar algunas propuestas sociológicas con mayor pertinencia para resaltar el carácter fluido del manejo sociológico de la identidad y, en un segundo momento, explorar la posibilidad de acercar esas líneas teóricas en un comparativo que nos permita obtener una visión más integrada del enfoque sociológico de la identidad.

El caso Parsons

Una de las teorías que marcó un paradigma en la disciplina es la de la acción y el sistema social, la cual explica el proceso de interacción ordenada de las pautas sociales.

Para Parsons la sociedad es un conjunto de acciones entrelazadas entre sí de manera ordenada por parte de actores motivados en un ambiente físico, mediadas y definidas por un sistema simbólico compartido (Parsons, 1999: 19). En este espacio o situación los sujetos llevan a cabo acciones e interacciones constantes cuya base es la acción social como categoría, que es compuesta por tres elementos que le dan sentido y dirección: el carácter catético, que es la acción que posee elementos hacia la búsqueda de la gratificación personal a partir de un cálculo costo-beneficio. El evaluativo, que le dicta el cómo es y debe ser el tipo de relación a establecer con los demás miembros y objetos en la vida social. Por último, el cognitivo que enuncia con qué sujetos y objetos debe actuar en su vida cotidiana (Parsons, 1999: 25-26).

Así, el sujeto procede controlando su desenvolvimiento, pero sobre lo que no tiene control alguno es sobre la conducta de los demás, de la situación en que está inmerso y del sistema simbólico del que es parte y comparte con los demás. El sujeto guía su actuar en función de los mismos parámetros con el resto de los miembros, actúa con los mismos esquemas de orientación valorativa compartidos por los demás en la misma situación.

Los ahora actores reconocen prácticamente y de manera subjetiva que la acción responde a la situación en la que se encuentran, guiándose en su desarrollo por las expectativas para cumplir las mismas orientaciones valorativas. Estas expectativas, si son recurrentes y sistemáticamente correspondientes, se convierten en elementos de orientación que coadyuvan a que los demás miembros satisfagan los criterios de evaluación valorativa en términos de reacciones durables, ordenadas y satisfactorias. En suma, los actores llevan a cabo su acción guiados por las expectativas que tienen de ellos.

La adhesión a los valores comunes significa que los actores poseen sentimientos de conformidad con las expectativas imperantes que se internalizan como parte de la personalidad. Son prácticas basadas en valores comúnmente aceptados que de manera frecuente son repetibles y duraderas, dando lugar al equilibrio social y orden colectivo.

¿Pero, cómo es que éstos, ahora actores, reproducen fehacientemente la acción de manera ordenada? Por el aprendizaje o socialización de expectativas sociales analizados por los conceptos de estatus y rol. El estatus es la posición que el actor tiene en el sistema y el rol es el papel que juega en esa posición (Parsons, 1999: 36). El aprendizaje de estos elementos del sistema se lleva a cabo por una serie de mecanismos de socialización, cuya institución básica es el núcleo familiar y el socializado debe poseer los atributos de plasticidad, capacidad de aprendizaje y sensibilidad. La capacidad de vinculación con los demás y dependencia se encuentra en indefensión ante sus gratificantes inmediatos (Parsons: 1999: 207).

De esta manera, los actores sociales adquieren una serie de pautas sofisticadamente definidas para comprender en términos prácticos y ante distintas situaciones una serie de predisposiciones denominadas por Parsons como disposiciones de valor durante el desarrollo completo y duradero como actor social.

Con este breve esbozo, podemos asegurar que el concepto de identidad se puede entender como la asimilación adecuada de valores y disposiciones de valor, comunes por parte de los miembros de un colectivo, que les permite actuar conforme los parámetros y expectativas compartidas. La identidad entonces es una conciencia práctica, diría Giddens, y un sentido de correspondencia práctica con las acciones de los demás. Estos rasgos guían de manera unívoca el qué hacer y cómo hacer en la vida práctica cotidiana.

En este esquema, el sistema simbólico delimita el sentido de la acción y la predisposición de valoración de las prácticas adecuadamente llevadas a cabo por lo demás actores. La identidad es la asimilación de estas pautas y orientaciones subjetivas que guían el desenvolvimiento colectivo, en sus relaciones sociales con los demás, y los objetos en los que se encuentra coexistiendo, valorándolos en términos compartidos.

La otredad, o lo que no converge con estas valoraciones, es comprendido como prácticas anómicas de las que el propio sistema se encarga de mantener al margen mediante los mecanismos de control social.

G. H. Mead y su propuesta conductista

El paradigma del conductismo es una vertiente importante en los desarrollos teóricos y empíricos de la sociología clásica y contemporánea, que generó una escuela deno-

minada Interaccionismo Simbólico. Sus posteriores desarrollos han sido utilizados para analizar a profundidad el carácter creativo de la acción, y algunas otras discusiones sobre esa categoría por parte de Giddens, Habermas y Joas.

El interés principal de esta perspectiva es analizar, en el contexto de las discusiones entre psicología, si los sujetos poseen conciencia y cómo podría aseverarse esta afirmación. Para los psicólogos conductistas que analizaban la acción visible, la respuesta es que la conciencia sólo es asequible a los sujetos mismos que actúan porque sólo ellos saben sus motivos y no es posible introducirse en su mente. Para Mead, la conciencia es un rasgo existente y absolutamente visible mediante la conducta de los sujetos a través de la comunicación verbal y no verbal. Por ello, llama a su propuesta conductista en el sentido de que analiza por medio de la actividad observable la conciencia de los sujetos mediante el uso de significados. Propone entender el lenguaje desde contextos más amplios de cooperación que se llevan a cabo en el grupo mediante signos y gestos (Ibídem: 54).

Para este autor, el individuo se experimenta a sí mismo, desde el punto de vista de los otros, haciéndose objeto para sí cuando adopta la conducta de los otros a través de la comunicación simbólica dirigida a otros y a sí mismo. Ello produce la conformación de la persona, que cuando asimila esta capacidad de conversar entre el individuo y él mismo, como una comunicación interna que posibilita pensar lo que dirá ante otros y él mismo de manera preparatoria a la acción social, es cuando se experimenta así mismo como persona (Mead, 1993: 172).

Entonces un sujeto es una persona racional cuando provoca en el otro una reacción que posee el mismo significado en él. Este es el elemento distintivo del proceso comunicativo y de significación social, el gesto como capacidad indicativa del acto hacia otros. Para adquirir esa capacidad, la persona debe transitar por dos etapas que el autor equipara con el juego y el deporte. En un primer momento, la lógica del juego infantil implica tener la actitud de los demás de manera organizada, determinadas por las expectativas compartidas en las que la persona “es todos los demás” adoptando las actitudes de los otros. En un segundo momento, el deporte, consiste en el punto anterior más la asimilación de la conducta del otro generalizado como un todo de manera compleja al que pertenece. El sujeto organiza y generaliza las actitudes complejas comunes en sus distintas fases: fines, metas, funciones y problemáticas, no sólo de los de su grupo inmediato, sino también de los otros no tan cercanos o contrarios (continuando aquí con el esquema del deporte).

Una persona es entonces pensante, para Mead, cuando organiza las actitudes comunes y las reacciones abstractas por medio del lenguaje, conformando así los principios de la conducción colectiva. Al hacerlo de manera efectiva, adquiere “conciencia de sí” que es la capacidad de provocar reacciones definidas del otro generalizado, completo

y complejo, y actuar o reaccionar con referencia a otros. Tiene la capacidad de incorporar a la conducta una serie de reacciones comunes de significados recíprocos para interactuar con los otros como si fuera él mismo y viceversa. Puede dialogar consigo mismo como si dialogara con otros.

Cuando establece un cálculo o fiscalización de esas reacciones en sí y los otros de manera coordinada para generar reacciones esperadas en el colectivo, porque comprende y reconoce la reacción hacia ciertas actitudes, se entiende que el sujeto posee “espíritu”, que es la adopción de la actitud del otro generalizado y la fiscalización para su utilización.

En suma, es un reconocimiento subjetivo del compartimiento de reacciones que provocan sensaciones, ideas, creencias o nociones del sujeto en los otros como si fuera él mismo. Es una actitud pragmática, palpable en el desarrollo cotidiano de acción social e interacción recíproca en el que supone que él es todos los demás y todos los demás son él, porque reaccionan a los mismos incentivos de la misma manera y, por lo tanto, puede fiscalizarlo para su utilización.

Pierre Bourdieu: el nombre propio como identidad

Pierre Bourdieu asume el análisis de la identidad a partir de una crítica al enfoque de las historias de vida. Para este autor, creer en una trayectoria, camino o itinerario orientado, en síntesis, a la filosofía de la historia, entendida como relato histórico, es caer en la ilusión del relato del historiador o novelista que concibe a la vida como un todo coherente y orientado, que puede y debe ser aprehendido como expresión unitaria de un «propósito» subjetivo y objetivo: de un proyecto (Bourdieu, 2007: 75).

Para Bourdieu, el relato, tanto si es biográfico, autobiográfico, como el del entrevistado que se «entrega» al entrevistador, propone unos acontecimientos que sin ser desarrollados en estricta sucesión cronológica, pretenden organizarse en secuencias ordenadas según relaciones inteligibles. Para el caso de la investigación social, el sujeto y el objeto de la biografía (el entrevistador y el entrevistado) comparten el mismo interés por aceptar el postulado del sentido de la existencia narrada (Bourdieu, 2007: 75).

Si la vida individual está compuesta de elementos yuxtapuestos sin razón, comenta Bourdieu, entonces, ¿cómo dar respuesta a la existencia de un «yo» irreductible a la rapsodia de las sensaciones singulares?

La respuesta, según Bourdieu, radica en el concepto de *habitus*. El *habitus* es el principio activo (irreductible a las percepciones pasivas) de la unificación de las prácticas y de las representaciones. Pero esta identidad práctica sólo es accesible por intuición en la

inagotable e inasible serie de manifestaciones sucesivas, de modo que la única manera de aprehenderla como tal consiste en captarla de nuevo en la unidad de un relato totalizante.

El mundo social, que tiende a identificar la normalidad como la identidad entendida, como constancia consigo mismo de un ser responsable, previsible o, por lo menos, inteligible a la manera de una historia bien construida, propone y dispone todo tiempo de instituciones de totalización y de unificación del «yo».

El instrumento más evidente para tal propósito es el nombre propio que, como designador rígido, designa el mismo objeto en estados diferentes del mismo campo. Dota al individuo de una señalización que puede ser usada en distintos escenarios sociales, dando coherencia al sujeto que la porta y a sus interlocutores que lo inquietan. Dice Bourdieu: a través de esa forma absolutamente singular de nominación que constituye el nombre propio, resulta instituida una identidad social constante y duradera que garantiza la identidad del individuo biológico en todos los campos posibles en los que interviene como agente, en todas sus historias de vida posibles. Y no es casual que la firma que autentifica esta identidad, sea la condición jurídica de las transferencias de un campo a otro, de un agente a otro, de los bienes relacionados con el mismo individuo constituido (Bourdieu, 2007: 78).

El nombre propio es la credencial visible para su portador, porque a través de él, el agente certifica las posiciones y responsabilidades oficialmente reconocidas: adheridas al nombre propio están las calificaciones académicas y las experiencias laborales del *curriculum vitae*, las decisiones de carácter personal afectivo (acta de matrimonio, acta de divorcio), la observancia por el orden constituido (antecedentes penales) o la calidad de miembro de la comunidad (acta de nacimiento, naturalización o defunción).

Para Bourdieu, el nombre propio es la forma por antonomasia de la imposición arbitraria que llevan a cabo los ritos de institución: la nominación y la clasificación introducen divisiones tajantes, absolutas, indiferentes a las particularidades circunstanciales y a los accidentes individuales, en la fluctuación y el flujo de las realidades biológicas y sociales. En síntesis, para Bourdieu, la idea de una identidad coherente y autónoma no constituye una propuesta razonable en el sentido de que ésta muestra inconsistencias a lo largo del tiempo. Estas rupturas, desviaciones, regresiones o vacilaciones permiten entrever que el sujeto está expuesto a diversos campos sociales en los que debe desarrollar estrategias diferentes de acuerdo a la posición que ocupa. El concepto clave para el análisis de la unidad del sujeto sería, según el autor, el *habitus*, principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posesión en un estilo de vida unitario (Bourdieu, 2002: 33-34). Estructuras estructuradas, los *habitus* son también estructuras estructurantes, esque-

mas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división, de gustos diferentes.

Richard Sennett: la formación de la identidad a partir del oficio y del lugar

Contrario a Bourdieu, Sennett considera que los actores sociales poseemos una identidad unificada mucho más allá del nombre. Para este sociólogo, la identidad implica el relato de una vida, más que una imagen fija de nosotros mismos y el reconocimiento de que las vidas ajenas interfieren en nuestra propia identidad. Sennett aborda el problema de la identidad a partir de dos consideraciones: la primera es que la identidad es un proceso social en el sentido de que ésta es producto de la época (en nuestro caso del capitalismo moderno) y una condición social (la identidad es asociada a categorías de personas a las que se identifica con peculiaridades distintivas del “resto” de la gente). Al respecto Sennett afirma:

La cultura moderna está llena de frases sobre la identidad, especialmente sobre identidades marginales, subalternas, transgresoras u oprimidas, pero a lo que se refieren, en realidad, es a la *personae*, a esas imágenes o máscaras, o a burdas historias de “cómo descubrí la persona que soy en realidad”. Toda esa palabrería sobre la identidad no sirve demasiado para comprender la vida personal en la economía global hoy, porque una realidad de mercado externa y en constante transformación perturba las imágenes establecidas del yo (Sennet, 2001: 247).

La identidad dice Sennett, como historia en evolución, procede precisamente del conflicto entre cómo nos ven los demás y cómo nos vemos nosotros mismos. Las dos imágenes no suelen coincidir, y a las personas no suele importarles que no coincidan, si están cómodas consigo mismas. Por el contrario, la gente que experimenta algún malestar, tiende a centrarse en cómo podrían encajar esas dos imágenes como piezas de un rompecabezas.

En la vida real, las personas necesitan rehacer la narración de su vida sin cesar a lo largo de su experiencia; tenemos que estar constantemente justificándonos. Pero la capacidad de rehacer la historia de nuestra vida no nos sumerge, ni mucho menos, en un abismo subjetivo, sino que es una señal de fuerza respecto al mundo exterior (Sennet, 2001: 248).

Sennett repara en las cuestiones de identidad debido a la situación particularmente delicada que tiene para la vida de las personas, los notables trastornos de la economía mundial:

El nuevo capitalismo, por ejemplo, ha cambiado radicalmente la experiencia personal del trabajo. Las empresas pasan de ser burocracias piramidales densas, a menudo rígidas, a ser redes más flexibles en un estado constante de revisión interna. En el capitalismo flexible, la gente trabaja en tareas de corto plazo, y cambia de empresa con frecuencia; el empleo para toda la vida en una misma compañía es una cosa del pasado. Como consecuencia, las personas no pueden identificarse con un trabajo concreto o un empresario determinado. Están frustrados, mientras escriben un relato interrumpido de su vida basado en sus esfuerzos.

Para Richard Sennett las condiciones del nuevo capitalismo de alguna manera despojan a las personas de esa seguridad que les brindaba “ser uno mismo” por un periodo prolongado de tiempo. Las personas advierten un malestar en sus vidas, disgusto que tiene su origen en la necesidad de mudanza constante, de exigencia para cambiar su ocupación o variar su lugar de residencia. En ese contexto, el problema de la identidad dentro de la propuesta de Sennett es un tema para seguir trabajando.

Manuel Castells: la identidad como poder

Castells aborda el tema de la identidad desde su perspectiva acerca de la sociedad en red. Para él la identidad es la fuente de sentido y experiencia de la gente. El sentido es la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción (Castells, 2000: 28). Ya se trate de un individuo o de un actor colectivo, puede haber multitud de identidades. En sí mismo esto es una fuente de tensión y de conflicto. De acuerdo con el sociólogo español, las identidades son diferentes a los roles porque las primeras organizan el sentido mientras los segundos organizan las funciones.

Las identidades son construidas mediante un proceso de individuación y pueden forjarse en las instituciones dominantes. La construcción de identidades utiliza materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Los individuos, los grupos y las sociedades procesan todos esos materiales y los reordenan en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacio-temporal (Castells, 2000: 29).

Según Castells, quien construye la identidad colectiva, determina en buena medida el contenido simbólico y su sentido, para quienes se identifican con ella. Puesto que

la construcción social de la identidad tiene lugar en un contexto marcado por las relaciones de poder, existen tres formas y orígenes de la construcción de la identidad: Identidad legitimadora (extiende y racionaliza el poder de las instituciones dominantes de la sociedad), Identidad de resistencia (generada por grupos dominados que se oponen con principios diferentes a las instituciones dominantes), Identidad proyecto (cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales, construyen una nueva identidad que busca transformar la estructura social) (Castells, 2000: 30).

No siempre se define un actor social por su identidad, pero cuando el principio de definición es identitario, es un principio fuerte que tiende a cobrar preeminencia sobre otras fuentes de sentido. En nuestro tiempo, las identidades religiosas, nacionales, territoriales, étnicas y de género, aparecen como principios fundamentales de auto-definición (Castells, 1990).

Para Castells, las exigencias de la globalización hacia los estados tienden a debilitar el conjunto de derechos y lealtades que los ciudadanos guardan hacia su organización estatal, refugiándose en identidades defensivas que socaban los principios democráticos. En tal sentido Castells apunta: cuando el Estado tiene que atender prioritariamente a la dinámica de flujos globales su acción hacia la sociedad civil se torna secundaria y, por consiguiente, el principio de ciudadanía emite un significado cada vez más débil hacia los ciudadanos. En esas condiciones, los sectores golpeados por los ajustes que impone la globalización buscan principios alternativos de sentido y legitimidad (Castells, 1990). Castells concibe la recuperación de una identidad no sectaria en América Latina a partir de la acción pública que puedan desplegar los gobiernos, sociedad civil, universidades y medios de comunicación en respuesta al desafío que representa la globalización.

Zygmunt Bauman: la identidad como peregrinaje

Las reflexiones de Bauman referentes a la identidad tienen como contexto su versión «líquida» de la modernidad. Para Bauman, si el problema moderno de la identidad era cómo construirla y mantenerla sólida y estable, el problema posmoderno de la identidad es, en lo fundamental, cómo evitar su fijación y mantener fijas las opciones. Nos empezamos a preocupar por la identidad precisamente cuando ésta deja de ser el núcleo duro de las personas. En la actualidad preferimos no comprometernos con nada ni con nadie que signifiquen situarnos en una posición definitiva y optamos por mantenerlos a la expectativa “hasta nuevo aviso”. De acuerdo con Bauman:

pensamos en la identidad cuando no estamos seguros del lugar al que pertenecemos; es decir, cuando no estamos seguros de cómo situarnos en la evidente variedad de estilos y pautas de comportamiento y hacer que la gente que nos rodea acepte esa situación como correcta y apropiada, a fin de que ambas partes sepan cómo actuar en presencia de la otra. Identidad es un nombre dado a la búsqueda de salida de esa incertidumbre. La identidad se incorporó a la mentalidad y las prácticas modernas, ataviada desde un inicio como una tarea individual. Corresponde al individuo encontrar un escape a esa incertidumbre (Bauman, 2003: 41-42).

A estas consideraciones se añade que en la sociedad moderna, el mundo construido con objetos duraderos fue reemplazado por productos descartables destinados a una obsolescencia inmediata.

La visión de Bauman en este sentido es muy pesimista, a pesar de las explosiones espontáneas de acción solidaria que se puedan presentar, éstas no alteran los rasgos esenciales de las relaciones posmodernas: su carácter fragmentario y su discontinuidad, la estrechez de su enfoque y su finalidad y la superficialidad del contacto.

Giddens y la autoidentidad

Del lado de los sociólogos contemporáneos, Anthony Giddens comprende a la identidad como un proceso en constante construcción, no estático ni sujeto invariablemente a las estructuras morales, simbólicas o de estructura social.

Para este autor, los actores no sólo son sujetos recesivos que internalizan los procesos sociales de manera directa y las reproduce pragmáticamente. Los actores son reflexivos, los caracteriza el ejercicio de registro del fluir de la vida social, teorizan sobre lo que son, sobre lo que hacen, aportan razones sobre lo que piensan y creen. Saben las razones de su actuar, mas no sus motivos (Giddens, 2006: 44).

Este saber se concentra en lo que el autor denomina “reservorios de saber” que es un conocimiento mutuo de tipo práctico y comprensión teórica de su actividad. Las acciones sociales mantienen implícito un ejercicio reflexivo, un recuento sistematizado de su sentido y meta, las acciones sociales también tienen consecuencias no deseadas, entendidas como “subproductos de la acción” de las cuales también adquieren registro reflexivo por parte de los actores al contemplarlas y explicarlas en su práctica misma. En suma, los actores tienen la capacidad de “obrar” (*Agency*), de influir sobre los conocimientos que en el entorno existen, tienen la capacidad de decisión, de creación e interpretación de la estructura en la que se desenvuelven. Se genera una serie de relaciones sociales no constreñidas o dirigidas por la estructura, ya que ésta se comprende como una serie de

reglas y recursos para la reproducción sistémica. Reglas y recursos no entendidos como normativos que delimitan el total de las situaciones que se pueden encontrar, sino como aptitudes generalizadas de respuesta aprendida tácitamente (Giddens, 2006: 216).

Los actores, al actuar producen estructuras y éstas proporcionan reglas y recursos a los actores para su acción, es decir, la posibilitan. He aquí la dualidad de la estructura.

La identidad, en este sentido, es la conciencia práctica que le permite al individuo poseer los presupuestos para actuar en su entorno con “actitud natural”, en los parámetros de su existencia; elementos imprescindibles de la seguridad ontológica. Es decir, las experiencias organizadas y su mantenimiento o vigilancia para reproducir la confianza en su desarrollo como actor, llamado “cocoon protector” (Giddens, 1996: 48). En estas condiciones de confiabilidad se potencia la capacidad creativa del actuar entre las que la apariencia es un tipo de actuación mantenida en las interacciones rutinarias, que se puede elaborar tomando recursos que el entorno proporciona como elementos asequibles para su construcción.

Con este esquema, la identidad en el contexto del dinamismo de la sociedad moderna, en la que las instituciones van perdiendo su estabilidad ya que los hábitos y costumbres se difuminan, la organización del tiempo y espacio va adquiriendo nuevos matices al liberar las relaciones sociales de lo estrictamente local, la realidad constantemente se reorganiza de formas inhóspitas dando lugar a que las seguridades y confianza de los conocimientos de la conciencia práctica se cimbran en su estabilidad. Sin embargo el conocimiento del entorno hecho por el actor, *Unwelt*, es dinámico ya que ordena los sucesos contingentes referente a los riesgos y alarmas propias de la modernidad para inyectarle confiabilidad a las prácticas potenciales de la vida social (Giddens, 1996: 59).

La identidad no sólo no es un proceso estático, sino que se encuentra en constante reconstrucción ya que concientiza las prácticas y consecuencias de los riesgos inherentes a los fenómenos modernos, en donde el riesgo se conforma como el núcleo de su formación con miras a controlarlos dirigidamente con los elementos, reglas y recursos del sistema para “colonizar el futuro”. Con ello la identidad es un ejercicio constante y sistemático de construcción y novedad que atiende a los requerimientos contextuales inmediatos.

Consideraciones finales

Definir la categoría identidad como unívoca resulta complejo, a causa de las distintas perspectivas desde las que se analiza el fenómeno y el contexto mismo de la construcción conceptual. Para la sociología es menester posicionarse entre la gama plural

de valoraciones e interpretaciones que se realizan del fenómeno identitario para el uso analítico de la categoría.

Bajo esta premisa, la identidad se transforma por sí misma en un objeto de investigación teórica desde el cual partirá hacia una serie de explicaciones complejas de la dinámica de los procesos sociales completos. La discusión sistemática de propuestas es necesaria para desarrollar lógicas de explicación aterrizadas según sea el contexto de su aplicación empírica.

Incluso, como Michel Maffesoli explica desde la postura posmoderna, el término identidad carece de sustento epistemológico ya que suponer que la vida colectiva siempre tiene el carácter estático para su análisis es sumamente limitado. Argumenta que los sujetos siempre se encuentran en constante cambio de perspectivas de vida como de acciones que lo llevan a replantear de manera insoslayable lo que son, por ello no habla de identidades, sino de identificaciones falaces, fugaces e interminables a lo largo de la vida de cualquier colectivo o sujeto social (Maffesoli, 2007: 228-267).

La riqueza con que este concepto es utilizado en la disciplina es sumamente relevante para el desarrollo del conocimiento mismo y de las explicaciones abstractas en sí, como en los desarrollos empíricos complejos desde los cuales demostrar los procesos de conformación de colectivos y su configuración.

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2003), “De peregrino a turista, o una breve historia de la modernidad”, en *Cuestiones de identidad cultural*, Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), Buenos Aires, Amorrortu,
- Bourdieu, Pierre (2002), *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI.
- _____ (2007), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona.
- Castells, Manuel (1999), “Globalización, identidad y Estado en América Latina” (ponencia), PNUD, Temas de desarrollo sustentable.
- _____ (2000), *La era de la información vol. II. El poder de la identidad*. México, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (2006), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1996), “Modernidad y autoidentidad”, en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Josetxo Beriain (comp.), Barcelona, Anthropos.
- Maffesoli, Michel (2007), *En el crisol de las apariencias*, México, Siglo XXI.
- Mead, George Herbert (2005), *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós.

IDENTIDADES EN PERSPECTIVA MULTIDISCIPLINARIA

Parsons, Talcott (1999), *El sistema social*, Madrid, Alianza.

Sennett, Richard (2001), “La calle y la oficina: dos fuentes de identidad”, en *En el límite: la vida en el capitalismo global*, Anthony Giddens y Will Hutton (eds.), Barcelona.

